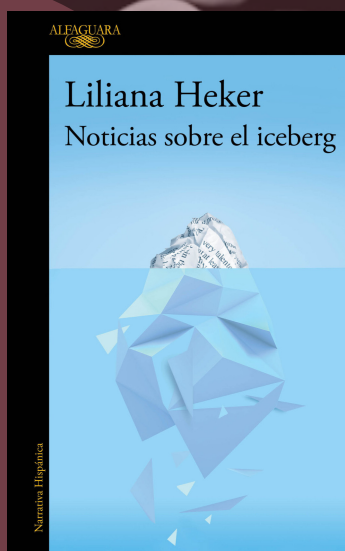




La Escalera

Lugar de lecturas



COMIENZA A LEER...

LILIANA
HEKER

*¿Se puede, a lo largo de cuarenta años, amar cada
día más?*

*A Ernesto,
que sigue haciéndome posible este milagro.*

*¿Por qué desde que he podido tener dos
pensamientos seguidos, desde la edad de cuatro
años, he deseado cosas gloriosas, grandes, confusas,
pero siempre inmensas?*

MARÍA BASHKIRTSEFF, *Diario de mi vida*

*Sí, he tenido el privilegio de conocer las paredes
más nobles, pero la buena fortuna me reservó la
mejor para el final, el último amor de mi vejez. En
forma, en superficie, en elasticidad, en iluminación y
en ese algo indefinible que es, como todos sabemos,
la belleza última de una pared, la esencia misma de
su ser, la alegría que corona mi vida. Nunca podré
olvidar el modo en que se apoderó de mi pincel.*

JOYCE CARY, *La boca del caballo*

Lo había encontrado una semana atrás en una compraventa de Carmen de Patagones. Greta venía caminando sin rumbo, todavía conmovida por lo que había experimentado en su loca escapada a los glaciares, y se preguntaba si era lícito esto de andar de acá para allá desparramando entre aprendices ansiosos una pasión que hoy para ella no era más que un humito. Tal vez por el sacudón que le había provocado lo del iceberg, el andar de acá para allá se le estaba presentando tan abarrotado de ideas colosales e intenciones abolladas que casi la aplasta. *Siempre queda el rebusque de matarse*. La frase se le cruzó como venida de un tiempo lejano, de esa etapa temprana de su vida en la que el mero planear un suicidio con todos los chiches la habría aplacado. Ahora ni eso. Hace falta fuego en el cuore para que la muerte propia resulte un programa tentador, pensó. Ella a los veintitrés años, sentada en el suelo, piernas a lo buda, escandalizando a su pequeña audiencia con la argumentación minuciosa de lo que decidió hace unos días (¿son los whiskies de más que tomó o es la labia con la que se viene arreglando para suplantar un par de tetas *comme il faut*?): se va a suicidar a los treinta y ocho, limpia y serenamente. En la cúspide. Esto último no lo dice. Perspicaz a pesar del whisky Greta sabe dónde debe frenar para no volverse vulnerable —ser invulnerable es la ley primera—. En cambio sigue explayándose —cree que en tono desapasionado— acerca del cuasisilogismo que la llevó a esa decisión: o ya conseguiste lo que buscás y entonces, para qué seguir viviendo, o fracasaste a lo bruto y en ese caso, ¿hay salida más ética que el suicidio? Barrunta que con la novela

breve que publicó el año pasado ya mostró mérito suficiente como para que los otros le crean un poco. Y también, a juzgar por la mirada turbia que advierte en algunos varones, como para compensar la falta de opulencias. Sin embargo, aunque cierta zonita suya sensible al halago paladea el pequeño éxito, está sabiendo con todo el cuerpo que tiene miedo. ¿Si de verdad no llega? El sueño es demasiado alto y el tiempo que le queda, ay, demasiado corto. Porque no quiere envejecer, de eso sí está segura, no lo soportaría. Matarse a los treinta y ocho, claro que sí, para ni siquiera olfatear los cuarenta, puaj.

Qué despropósito, pensó en la calle, todavía desentendida del lugar de Patagones por donde caminaba: cosa de pendejos la sublimación del suicidio. La frase le dio un poco de risa. Tal vez por eso se deshizo del recuerdo de sus veintitrés años y miró a su alrededor. Entonces lo vio. Un escritorio antiguo y enorme, de roble, lleno de compartimentos diversos y con unas persianitas en la elevación del frente que parecían soñadas, baratísimo para tanta suntuosidad. Era una especie de llamado. O una señal. Justo lo que necesitaba.

—Justo lo que necesito —un minuto después se lo estaba diciendo al viejo de la compraventa—. Lo llevo.

El viejo la miró con expresión divertida.

—¿Puesto? —dijo.

Viejo jodón, si me hubieses conocido hace unos años sabrías que no andás tan errado.

—Me gustaría. Lástima que vivo en Buenos Aires.

El viejo hizo un gesto con la boca: mirala vos a la porteña.

—¿Todas las compras las hace tan sencillito?

Qué te importa, viejo metido.

—Sí —dijo—. Y aunque no lo crea, igual me salen bien.

Mentirosa, dijo la enana jodida que porta en la sesera (que no suele, a modo de conciencias más ortodoxas, reclamarle buena conducta pero en cambio no le deja pasar una); sabés de sobra que desde hace años eso dejó de ser cierto.

No lo creo.

¿Qué cosa? ¿Qué alguna vez sí fue cierto?

Callate.

—Qué —dijo. Se dio cuenta de que el viejo había estado hablando, ¿desde cuándo?

—Nada. Era solo una sensación —el viejo pareció pensar algo—. Pero rara vez me equivoco con la gente.

Sensación de qué. Greta sintió una ola de pavor. ¿Qué vio el tipo este en mí?

—Pero esta vez está totalmente equivocado —dijo por las dudas.

El viejo se rio. Y ella se quedó con la incómoda sospecha de que, ¿por vanidad tal vez?, había perdido la oportunidad de averiguar algo esencial que el hombre había descubierto en ella, algo que tal vez podría cambiarle la vida de una buena vez. ¿Pero vos estás loca?, ¿qué cuernos esperás que te revele el viejo este que, encima, parece medio chiflado? Para quitarle a su interlocutor cualquier rol salvador se dedicó a interrogarlo sobre el asunto del camión. ¿Podía él indicarle cómo conseguir a alguien que le lleve el escritorio hasta Buenos Aires?

Y a mí, pensó de golpe. Porque acababa de darse cuenta de que, con el arranque súbito que había tenido de irse cuatro días a los glaciares —con avión, excursiones, hotel y corderitos varios incluidos—, sumado ahora a esta compra y el acarreo, iba a quedar muy ajustada de fondos; no le vendría mal ahorrarse el viaje de vuelta.

—Marita Volkonski —dijo el viejo.

—Perdón —dijo Greta—, le estaba preguntando quién podría cargar el escritorio hasta mi casa.

El viejo la miró con cierta suficiencia.

—Campeona de Valetodo 2011 —dijo lacónico.

Prefirió no alargar la conversación preguntándole al viejo qué era eso del valetodo. Al día siguiente emprendieron viaje. Greta, el escritorio y Marita Volkonski.

Travesía luminosa, se le cruzó, y miró el camino. Ya había tenido tiempo de sobra de enterarse de qué era eso del valetodo y de entusiasmarse con la historia de Marita Volkonski al punto de vivir en carne propia el empecinamiento de la adolescente fortachona que quince años atrás, contra viento y marea, se anima a un camino que, según su padrastro, solo está destinado a unos pocos hombres; Greta, sentada en el asiento del acompañante del camión, comparte con Marita la etapa clandestina de estudiar artes marciales, el descubrimiento del valetodo, disciplina en la que por fin podrá desplegar las artes aprendidas y otras nuevas que ya la están reclamando, su felicidad la primera vez que se encuentra en un ring luchando cuerpo a cuerpo con otra chica tan audaz y tan desorejada como ella. Greta bebe tan a fondo el relato de Marita que en algún momento del viaje se sorprende a sí misma medio siglo atrás en el centro de un ring valiéndose de unas artes marciales de las que hoy, más allá de lo hechicero del nombre, sigue ignorándolo casi todo y de un poderío físico del que siempre ha carecido. Pero qué hermoso suena, por Dios: artes marciales, ah, ah, cuán diversos e inesperados son los caminos de la pasión.

¿Y esto que estaba pasando ahora en el camión? Marita Volkonski canturreaba a su izquierda. La miró. Sorprendente la liviandad con que esos

brazos poderosos hacían accionar el volante. Como si ejecutaran una danza. Las manos, son las manos las que danzan, pensó; danzan con un impulso que les viene del cuerpo entero. Y de la canción. Qué disparate: cómo podía Greta concebir algo que, según su intempestivo delirio, irradiaba del centro de esta mujer a la que apenas conocía y la incitaba a cantar. “Vamos amarraditos los dos, espumas y terciopelo”. Incongruente. Lo que cantaba Marita Volkonski: incongruente. Todo lo que estaba sucediendo era incongruente, sobre todo esta sensación de un ímpetu olvidado que ahora mismo destellaba desde el centro de su propio cuerpo y la hacía ¿cantar? ¿Estaba cantando realmente? ¿Todo este tiempo había venido cantando a coro con Marita Volkonski? “La gente nos mira con envidia por la calle, murmuran las vecinas, los amigos y el alcalde”. Debía ser efecto del escriptorio, que se bamboleaba en la caja del camión. ¿Como una esperanza? Shhh. Mejor no analizarlo demasiado: pasa y listo.

Fue en ese momento que se le cruzó: *travesía luminosa*, y miró el camino para averiguar dónde estaban. Un cartel le indicó La Vitícola. Tengo que acordarme, pensó. Pasábamos por La Vitícola (ya averiguaría dónde quedaba) y entonces, inexplicablemente, se me cruzó: *travesía luminosa*. Lo pensó como si lo recordara tiempo después: el momento fulgurante en que algo comienza. Tuvo la sensación de que ya le había pasado algo por el estilo unos días antes, mirando lo del iceberg, cuando se escuchó murmurando una palabra que la sorprendió. ¿Milagro? No, milagro no; era otra palabra que en ese momento le resultó inexplicable y que ahora no recordaba. Tendría que indagar cuál era.

Solo que en los seis días que siguieron, luego de haber quedado resueltos la subida a su departamento por dos pisos de escalera, el desalojo de la

mesa para asados y la instalación, en su reemplazo, del escritorio de las persianitas —tareas desempeñadas con toda solvencia por Marita Volkonski sin más ayuda por parte de Greta que algunas exclamaciones desesperadas en los momentos de peligro—, dos cuestiones ineludibles hicieron que se olvidara del iceberg y del instante inefable que había pretendido atesorar en La Vitícola. Una fue el escritorio mismo, majestuoso e inhabitado parecía preguntarle: ¿Y para esto me trajiste? La otra cuestión fue su gata Prascovia: desde que Greta había vuelto de su viaje al sur estaba rara; se pasaba todo el día abajo del sofá, contra la pared, deliberadamente inaccesible a sus caricias. Igual que había ocurrido con Ilich. No, Dios mío, ruega día y noche, igual que con Ilich no, ¿acaso esta vez, en lugar de hacer conjeturas imbéciles, no había actuado en seguida? Lo había hecho, claro que sí. Solo que las consultas al veterinario, ecografías y otros menesteres a los que había estado sometiendo a Prascovia, además de procurarle el dictamen doctoral de que a la gata no le pasaba absolutamente nada —cómo *nada*, idiotas: ¿esto de esconderse de mí es nada?—, volvieron más contundentes la reclusión de Prascovia y el terror de Greta.

Hasta que por fin esta mañana, mientras se prepara el mate, ella cree descubrir qué le pasa a la gata: no le gusta el escritorio. Con cierto alivio, deja el mate preparado y se dispone a hacer sus ejercicios matinales.

Antebrazos pegados al suelo, manos en cuenco albergando como en un nido la cabeza, pie izquierdo que se impulsa, pierna derecha que quiere elevarse. ¡Plaf! Caída estruendosa de las piernas. Punto en el que Greta podría haber aceptado de una vez por todas que la vertical y afines no se hicieron para ella, en cuyo caso, desalentada como habría estado por la derrota, es probable que ni se le hubiera ocurrido atender el teléfono. Pero pese a sus setenta y siete años es la que es, decide volver a intentarlo: un buen modo (se dice) de espantar la adversidad.

¿Adversidad, dijiste? (se mete la enana jodida) ¿Desde cuándo te permitís una palabra tan ajena a tu gaya figurita?

(Furia de Greta. Pero no; la maldita enana no va a conseguir moverle el piso). Desde que Prascovia se niega a salir de abajo del sofá. (Simplificación astuta, lo sabe, del descalabro universal, local y sobre todo personal que últimamente hace que ella se despierte llena de espanto en mitad de la noche). ¿Eso merece o no el nombre de adversidad?

Habría que preguntarle a la gata. Capaz que encontró su lugar en el mundo.

¡De ninguna manera! ¡La voy a sacar de ahí aunque me desnueque!

El mandato es tan rotundo que el pie izquierdo se impulsa por las suyas y alienta a elevarse a la pierna derecha, que a su vez arrea las caderas de tal modo que, sin tiempo de pensar en el miedo que tiene, Greta se encuentra (por primera vez en su vida sin ayuda) haciendo la vertical.

Eso no se llama vertical y vos lo sabés muy bien.

Patas para arriba se considera vertical y se acabó. Sueño cumplido.

Si todos los sueños los cumplís así...

Y no sabe por qué rumbo especulativo la habría llevado la ironía de la enana jodida si en ese momento no hubiese sonado el teléfono.

Escucha los timbrazos cabeza abajo; luego la voz en el contestador de un muchacho que dice ser estudiante de periodismo y estar interesado en hacerle una entrevista para. *Mirá vos, ¿y por qué no la vas a entrevistar a tu abuela?* Reacción altiva, pero inmediata bajada de copete: *Porque usted misma, señora, podría ser mi abuela.* ¡Idiota! El idiota terminó su mensaje y las piernas vacilan pero ella se propone aguantar hasta cinco. Unodostrescuatrocinco. ¡Plof! Caída estruendosa de las piernas. Igual se siente vencedora; el logro ha insuflado su autoestima. Se levanta como puede y enfila hacia el sofá para espiar a Prascovia. Minutos después vuelve a sonar el teléfono. *Estudiante ansioso.* Esta vez atiende.

El estudiante se llama Marcos y la entrevista es un trabajo práctico que él debe presentar para recibirse. *En mis tiempos, querido, nadie necesitaba recibirse de periodista.* Prematuro decírselo, ya se las va a ingeniar para zampárselo alguna vez, si por azar lo encuentra.

—¿Y por qué a mí? —en cambio dice.

Porque usted, señora, podría ser mi abuela.

Tate, tate, folloncicos, ya te quiero ver a vos, a los setenta y siete pirulos, haciendo la vertical. ¿Qué? Tanto monólogo interior la hizo perder la respuesta de Marcos y ahora es tarde para averiguarla. Greta le dice que, como él seguro debe saber, hace más de veinte años que ella no contesta entrevistas. Él le dice que lo sabe pero que justamente por eso, y que la tesis y. Y en ese momento ella recuerda lo que un rato antes, en la cocina, conjeturó sobre el mal que aqueja a Prascovia.

—Esperate —le dice—. ¿Sos fuerte?

—¿Fuerte? ¿En qué sentido?

La respuesta le resulta promisorio.

—Nada espiritual, no te asustes. Solo pensaba si me podrías ayudar a trasladar un escritorio.

—¿En serio me lo dice? —a Greta le parece que suena eufórico—. Esto es como un sueño.

¿Por qué un sueño? ¿Qué le pasa a este chico?

—Pero es pura realidad —dice Greta—. Y bien pesada. Un escritorio antiguo, de roble y lleno de cajoncitos, ¿te parece que podrás?

—Claro que voy a poder.

—Entonces te espero hoy —mira la hora—. A las tres.

Dos minutos después está acostada de panza en el suelo, mirando abajo del sofá. Prascovia sigue contra la pared y la observa con cierta perplejidad. Greta se arrastra hasta donde puede con un brazo extendido pero solo alcanza a rozarle una pata.

—No importa —dice—, te prometo que vas a volver a ser la de antes.

Cuestión de fe que a veces le da buenos resultados pero que —lo sabe muy bien— no funciona con los gatos, que suelen tomar sus decisiones con independencia de voluntades ajenas. Solo que en este caso ella cree haber descubierto qué le pasa a Prascovia: supo de entrada, de la manera en que saben los gatos, que el escritorio, pese a las persianitas, no tiene nada que ver con lo que Greta está buscando. Un mero énfasis, nada más que eso. O sea que, desde que llegó del sur, ella se ha estado mintiendo. Y aun cuando durante tantos años y con tanta destreza ha ejercido la mentira no tiene la facultad de mentirle a Prascovia; a los gatos no les gusta la falsedad. ¿Es razón suficiente para que incumpla el juramento hecho veintidós años atrás? ¡Basta de especulaciones!, la espera un día duro. Ánimo, muchacha, a la

ducha, a la ducha, no somos machos pero somos mucha. ¿Mucha qué?
¿Mucha espuma tal vez? No intenta buscar la respuesta y entra en el baño.

Che madán que parlás en francés, escucha. Es su propia voz. Suele pasarle; escucharse de pronto entonando un tema traído desde algún rincón remoto de su vida hasta un presente cantable y cantado. ¿El acarreo de la memoria fue provocado esta vez por alguna asociación encubierta? A veces le sucede; ¿ahora también? No tiene interés en indagarlo, solo quiere disfrutar el momento: es una brecha placentera esta por la que emerge su propia voz, desentendida de proyectos inalcanzados, inquisidores sarcásticos y asociaciones indiscretas, trayendo un canto rescatado del pozo de lo apenas atendido y arrastrado hasta sus cuerdas vocales por el imán de su memoria que, entre otras maravillas y trastos, almacena canciones. No solo llegan, como en este caso, mientras se ducha; suceden en las caminatas que, como recreos, emprende por alguna calle arbolada o —si la ocasión lo permite— por la orilla del mar. (Los recreos, conviene aclararlo, son espacios privilegiados que la liberan de la responsabilidad —del desafío— de haber sido puesta en el mundo: caminar sin motivo es uno de ellos. O tomar sol, percibiendo cómo su cuerpo se nutre de una energía luminosa y doradora que ella puede paladear gota a gota; o nadar, sintiendo en cada partícula de su piel la maravilla del agua; u observar a la torcacita que cada tanto hace nido en la ventana: su ritual paciente de empollar y más adelante preparar a sus pichones para la vida. Experiencias de índole bien distinta a la del intento de hacer la vertical o a la de otras prácticas más accidentadas en las que cada una de sus células lidia por ponerse a tono con la empresa). Las canciones pueden irrumpir mientras se prepara un mate o mira la calle

desde la ventana de su estudio o viaja en colectivo (en cuyo caso la canción sucede solo en su cabeza, tan loca no está). Son de orden diverso; abarcan desde marchas revolucionarias hasta rondas infantiles; tangos, boleros, foxtrot, romances ladinos, rock and roll, folklores diversos, himnos patrióticos, pasodobles y rancheras: nada de lo cantable le es ajeno. La irrupción no siempre es involuntaria; le ha sucedido durante la noche cuando, en un estado de vigilia extrema, fatalmente se le cruza algún pensamiento inoportuno que, en general, tiene que ver con el sentido de la existencia o con la muerte.

Lindos temitas para encarar en la cama; ¿acaso no sabés desde siempre que los problemas nunca se solucionan durante la noche?

Shh, estamos de recreo en la ducha; prosigamos.

Es entonces que, cuando la muerte o el fracaso están por acuciarla, voluntariamente busca el comienzo de alguna canción y empieza el trabajo o el desafío —¿siempre el desafío?— de desplegarla hasta en sus mínimos detalles. La tarea tiene sus inconvenientes, claro. Puede ocurrir que alguna frase, o tal vez una mera palabra, se niegue. En esos casos ella revuelve en vano el hueco y corre el riesgo de descarriarse. La salvan las reglas. Porque el juego nocturno de la memoria tiene sus reglas: ella está obligada a no pensar en ninguna cosa que no sea la canción; no es fácil; a veces el pensamiento se le pierde en alguna dificultad que ha tenido a la tarde, o en el pandemónium de su propia muerte, cuando ella no esté para darle una apariencia de orden a su propia vida. Increíblemente, en ese aspecto no es muy distinta de la niña insomne que fue; la única ventaja de la actualidad es que ella, de algún modo, ha aprendido a domesticar la tendencia errabunda de su pensamiento. ¿Y la desventaja? Que la muerte se ha vuelto menos fantasiosa. Buuu, murmullo de desaprobación de la audiencia: siempre estamos a punto de morirnos. Sí, pero. ¡Silence please!: nada de cálculo de

probabilidades ahora. Greta está en la ducha, y la ducha es un lugar privilegiado; la voz resuena de otra manera y el agua que se desliza hace que sienta su cuerpo como atemporal. Mejor que atemporal. Joven. Es un buen síntoma este de cantar, ¿señal de que ha vuelto la alegría? No exageremos pero es cierto que por el momento ha conseguido abolir la instancia de la decrepitud y el miedo de no poder terminar la novela que busca hace décadas; para colmo de bienes, gracias al chico que va a venir a entrevistarla está por solucionar lo de la reclusión de Prascovia: buenos indicios. Vuelca la cabeza hacia atrás y deja que el agua le corra por la cara. *Meta champán que la vida se te acaba, muñeca brava, flor de pecado.* Ah, guacha, la asociación apareció al fin, ¿no podemos hacer que cantar sea solo cantar? *Y cuando estés al final de tu carrera, canta a toda voz. Tus primaveras verás languidecer.* Cierra la canilla.

¿Y chau? ¿Fin de capítulo a toda orquesta? Vamos, querida, dejémonos de mentiras que estamos sin testigos. Tus primaveras, según lo entiendo, hace unos cuantos añitos que empezaron a languidecer. En cuanto a lo del final de tu carrera...

Qué. El final de mi carrera qué.

Vos sabrás. Y ahí sí tenés un lindo final. Abierto, de los que te gustan. Andá, preciosa, terminá de secarte y encará el día. Que, si no interpreté mal, viene duro.

Está de mal humor, arrepentida de haberle dicho al tal Marcos que viniera; seguro que al día siguiente el portero de al lado la habría ayudado, y sin pedirle entrevistas a cambio. Se le cruza una frase de Bernard Shaw que le encanta pero que siempre le llega a destiempo: No hay mayor placer que el de no haber ido. Casi una muletilla en los tiempos en que vivía como si ningún acontecimiento pudiese dejarla afuera; ávida, golosamente, decía que sí a cualquier invitación. Solo que, ante la instancia de cumplirla, solía tironearla su costado insociable y se enfurecía por haber aceptado. Era ahí donde entraba Bernard Shaw: No hay mayor placer que el de no haber ido. Pero demasiado tarde, ya no podía volverse atrás así que abatía la rabieta, se transfiguraba ante el espejo y se lanzaba a lo que fuera, ¿acaso la danza de la vida no se había hecho para ella?

Se ve que no cambié tanto, piensa y abre el placard. Las tres menos veinte y ni siquiera empezó a cambiarse. ¿Para qué, si se puede saber? Astutamente elude esta nueva fuente de cavilaciones. Con minuciosidad elige, prueba, descarta.

¿Operación Sonia?

Nada que ver. ¿A qué viene esta irrupción de Sonia?

Nota que sigue malhumorada, lo que no le impide continuar con el pequeño ritual de autoperfeccionamiento, no muy diferente del que una tarde muy lejana hizo que por primera vez se le ocurriera la posibilidad de lo fáustico-femenino. Pero nada de Fausto justamente ahora. Vade retro, borrarlo ya mismo de la sesera: es el temita que debe evitar a todo trapo. Se

mira de frente y de perfil a ver si las calzas le quedan bien. Aprueba. ¿Remerón o remera al cuerpo?

Vamos, Greta, qué más da, ¿no tuviste, en los últimos años, diversas oportunidades de sospechar que quizá la idea que tenés de tu gaya figurita puede estar algo distorsionada?

Terminala con la gaya figurita.

Pero el asunto no se le va de la cabeza. No es la primera vez. Suele perturbarla desde el primer día en que una chica le cedió el asiento en el colectivo. ¿Qué vio en mi cara?, se preguntó entonces. Y ahora mismo, ante el espejo, se pregunta si la imagen que tiene de sí misma no será irreal. ¿O es la única real? Esa que emana desde su interior y la hace verse como si. ¡Basta! Faltan tres minutos para que el maldito Marcos.

Momento en que el maldito Marcos —¿quién si no?— hace oír el timbre del portero eléctrico. Greta se pone a los apurones el remerón y baja.

Lo había imaginado parecido a Kierkegaard, asociación sin fundamento con otro —intelligentísimo, ostentosamente gay, muerto por la dictadura— que desde los remotos tiempos del jardín de infantes la había salvado en más de una ocasión. El que está observando a través del vidrio tiene poco que ver con Kierkegaard; rasgos delicados, casi hermosos. Otra sorpresa es que Kierkegaard no vino solo: una chica con un ancho mechón de pelo verde parece estar tratando de convencerlo de algo. Greta abre la puerta.

Albertina, se presenta el mechón verde y da una especie de saltito. Padres culturales, a Proust lo conocen de refilón, establece Greta en un esfuerzo porque la chica no le caiga simpática. Con Marcos el primer vistazo es más pragmático, ¿tendrá fuerza suficiente para mover el escritorio?

—Es este —señala Greta cuando terminan los primeros acercamientos.

—¡Con persianitas! —dice la chica—. ¡Mi sueño dorado!

Greta se encoge de hombros.

—Por mí, si te lo querés llevar —¿rápida mirada de Albertina a Marcos?

Te dije que la mina está más loca que un plumero—. ¿Te parezco loca? —le suelta a la chica como quien tira un baldazo.

—¿Y por qué no? —dice Albertina—. Vos dijiste una vez que un creador siempre tiene que estar un poco loco.

Tomá pa' vos, querida Greta. No acusa el impacto.

—Lo dije en otro sentido.

—No entiendo —dice Albertina—. ¿Otro sentido que qué?

—¡Pará, Albertina! —a Greta la sorprende el exabrupto de Marcos; tiene la impresión de que a él también lo sorprendió—. Perdón —le dice a Greta—, ¿qué tenemos que hacer con el escritorio?

—Sacarlo de acá.

—¿Y llevarlo a dónde?

—No me importa —¿otro intercambio de miradas entre Marcos y Albertina?—. Quiero decir que me da lo mismo si lo dejan en el comedor, o en el hall, o donde les parezca más fácil. Después veré qué hago con él. Lo único que necesito es que quede libre el lugar para que ponga la mesa que estaba antes.

—¿Antes de qué? —dice Albertina.

Marcos resopla.

—Qué te importa antes de qué. Vos sabés que necesito hacer esta entrevista así que al molde, nena; y usted me dijo que.

—Pará, sí, tenés razón. Y te juro que la vas a hacer. Pero necesito el lugar para traer mi mesa antigua —le parece advertir una mirada ávida en

Albertina—. Y no te hagas ilusiones, muchacha, no es ninguna antigüedad. Antigua solo en mi historia: una simple mesa para asados.

—¿Cómo para asados? —dice Albertina.

Marcos la va a fulminar en cualquier momento, piensa Greta.

—Esperen —dice—, esto va muy rápido, ¿quieren que tomemos café? Acomódense tranquilos; en seguida traigo.

Un ritual sanador la preparación del café; como el mate cada mañana: pequeños actos pautados que una realiza sin sobresaltos y, por añadidura, para la obtención de algo grato. ¿No se podrá vivir solo para estas pequeñas preciosas obtenciones? Descartar toda aspiración gigante, eso; qué paz entonces. Pensarlo más tarde: ahora solo sacarle el jugo a esta pausa en soledad. Todo está ocurriendo de un modo distinto al esperado. Aunque, pensándolo bien, ¿qué era lo esperado? ¡Qué se vayan!, grita su alma negra. Bancátela, querida, vos los trajiste a tu casa. A ella no, solo a él. Calma, sos una persona mayor. Buaaa, qué feo suena eso. Pero sí, actuar con sensatez y evitar que la entrevista se desvíe por carriles indeseados. No parece una tarea difícil; cada uno a su manera, son simpáticos. Pone en una bandeja las tres tazas, la azucarera y un plato con galletitas de chocolate, vierte en las tazas el café recién preparado y enfila hacia su estudio.

Tienen cara de haber discutido. ¿Y? Qué cuernos le importa a ella.

—Acá está el café, chicos —dice la abuelita de los cuentos. Deja la bandeja en el escritorio.

—Marcos quiere que me vaya.

Fue como un estampido.

—Yo no dije eso —dice Marcos.

Greta está buscando una frase apaciguadora pero Albertina no le da tiempo.

—No dijo eso pero sí dijo que está podrido. Eso, podrido de que yo haga preguntas sin sentido cuando el Gran Entrevistador parece que tiene preparadas... Ufa, no me mires con esa carucha, no es para tanto, si ya sé que el que tiene que hacer la entrevista... Es una preguntita, una sola, después te juro que —se ríe; mira a Greta—. No me cree —dice.

Greta también se ríe.

—La verdad, yo tampoco te creo.

—¿Tan rápido me deschavo? Yo que aspiro a ser —engola la voz— una dama llena de misterio —y le da un mordisco a su galletita.

Marcos aprieta el puño. Yo soy la adulta acá, se obliga a pensar Greta.

—Por Dios, Albertina, ¿siempre sos así?

—Es peor —dice Marcos en voz baja.

—No —dice Albertina—, solo cuando se me mete algo en la cabeza.

Greta siente el sacudón. Pero no, nada de asociaciones melosas.

—En fin, no hagamos una guerra de esto, por favor —dice; y armándose de coraje—: ¿Qué es lo que querías saber, Albertina?

Albertina se hincha, se empluma, irradia. Dice:

—¿Por qué carajo querés cambiar ese escritorio tan hermoso por una mesa para asados?

No van a hurgar en mi comarca, no señor, los recibo en mi casa.

Los recibís por interés, nena.

No importa; me equivoqué. Yo no quería entrevistas, hace veintidós años que me juré que nunca más. Te indagan y te indagan, se meten en tus deseos, en tu impotencia, qué se siente siendo escritora, escribe todos los días, qué fue de esa novela que usted una vez dijo que. ¡Basta! No van a sacarme lo que todavía es solo mío.

¿No estarás exagerando? Ella solo te preguntó por qué querés deshacerte del escritorio. ¿Y? Por qué querés deshacerte del escritorio, vamos a ver.

Porque a tu gata no le gusta y entonces se niega a salir de abajo del sillón, ¿o no era por algo tan sencillo como eso?

Claro que sí, a veces la enana jodida sabe hacer las cosas. Es por la gata y listo, ¿a quién diablos podrían interesarle los motivos profundos de una gata? Un baño de calma la inunda.

—Les voy a contar —¿la historia de Caperucita? Marcos y Albertina la miran con cara de expectación—. ¿Les gustan los gatos?

Exclamación a coro y un bálsamo que flota, por virtud del cual el mundo se suaviza, se aquieta. Acunados por la contingencia que los hermana, los visitantes se disponen a escuchar y la anfitriona a contar lo que viene sucediendo con la gata desde que ella volvió del sur y de qué modo esta mañana ella se dio cuenta de qué era lo que la había contrariado.

—¡El escritorio! —dice Albertina.

El escritorio, en efecto; a Prascovia no le gusta el escritorio que trajo (acá, de acuerdo a lo previsto, esmerada omisión del motivo que tiene la gata para que no le guste) y expresa su contrariedad de la manera que sabe. Greta la conoce bien: Prascovia es terca; se va a mantener en rebelión hasta que la mesa para asados sea restituida a su lugar.

Y como una cosa lleva a la otra y los tres se encuentran con excelente disposición y los visitantes ya están estudiando la mejor manera de mover el escritorio, ella, mientras va trasladando a la pieza del pasillo las poquísimas cosas que quedaron en los cajones, les cuenta el momento en que, en el noventa y tres, descubrió la mesa en el supermercado, perdida entre sombrillas y medioigluses.

Para asados, decía el cartelito. Pero quién conoce el destino de lo que construye (había escrito esa misma tarde apenas vino con la mesa y la tuvo

armada en el estudio); el carpintero que la hizo, tal vez inspirado en la que fue la mesa de su infancia —¿por qué la imaginación estará tan atada a la infancia?, ¿no será eso lo que ahora mismo quiero indagar?, ¿no siento el deseo creciéndome desde la yema de los dedos?, ¿será esta mesa, Dios?, ¿será esta mesa que estoy estrenando la que, como un elixir mágico, está trayéndome el deseo? ¿Cuál deseo? ¿Es este el deseo de lo que deseo?—. ¡Pará de una vez con esos cruces! ¿No podés mantener en línea la cabeza al menos por un rato? Estábamos en el carpintero que la hizo, ¿no? El carpintero. Stop. Que mientras serruchaba y martillaba (siguió escribiendo esa tarde dichosa de 1993 en que estrenó su mesa) debía imaginar esa mesa que estaba construyendo rodeada de comensales barulleros y jamás se la habría figurado con este desorden de papeles y un gato que dormita con la cabeza semiapoyada entre el tabulador y el bloqueador de mayúsculas. Aunque, ¿por qué suponer que el hombre la construyó previéndole un sentido? Capaz que serruchaba con la mente en blanco y meta cantar *O sole mio*. ¡Por favor, Greta!, ¿cuántos años tiene tu carpintero? Por qué la imaginación estará tan atada a. ¡Basta de cruces o no vas a parar nunca con el relato!

Y arrasada por ese amor a primera vista, está contando Greta antes de llevar las últimas cosas a la pieza del pasillo, y lee el entusiasmo en la cara de Albertina y Marcos, ¡esta mesa!, ¡la quiero!, le dije al muchacho de la maquinita marcadora de precios (omisión habilidosa del hombre de ojos azules que, a su izquierda, está pendiente de su arretrato), ¿cómo tengo que hacer para llevármela?

Y mientras vuelve de la pieza del pasillo, como un zarpazo, la golpea la conciencia de que ese rapto entre sombrillas y medioigluses de treinta años

atrás no difiere del que hace una semana la ha compelido a venirse desde el sur con un escritorio. O sí: difiere en un detalle. Y nada mínimo. Porque cuando Greta descubrió su mesa en el supermercado, no estaba sola.

—¿Pasará por la puerta?

Estruendo. Patas de escritorio contra suelo. Los dos visitantes (fragmentos de sus cuerpos en el rincón del hall desde donde Greta los mira) maniobrando con un empeño que, según se ve, excede sus posibilidades.

—No pasa, ¿no ves? —voz de Marcos—. Es más ancho que la puerta.

—Sí entró, tiene que salir.

Científica, Albertina. O emperrada, eso: pertenece a la estirpe de las emperradas. Si te conoceré, flaquita.

—Esperen —se acerca—, así seguro que no pasa, pero si consiguen ponerlo vertical...

Y después ladearlo, y torcerlo, y girarlo, y. Qué buena teórica es ella, siempre certera para dar indicaciones desde afuera. Una imagen la arrasa y está a punto de voltearla. La imagen del hombre de ojos azules luchando amorosamente para pasar una heladera. ¿Fue a la semana de venirse a vivir con ella? Abril de 1992, claro. No, no tiene que pensar en eso, culpa de la historia del supermercado que contó recién que se le haya venido esta escena a la cabeza. ¡Fuera! No, ahí sigue el hombre de ojos azules empujando la heladera, limando los marcos de la puerta de la cocina, volviendo a empujar, y ella, la científica, suministrando receta magistral para minimizar el rozamiento. Con esas palabras lo dijo, *minimizar el rozamiento*, y él, tal vez un poco admirado pese a su cara de duda, ¿paladeando la Experiencia Múltiple de convivir con una escritora o meramente resignado?, agarrando el aceite de oliva que la teórica acababa de alcanzarle para-minimizar-el-rozamiento y frotando a lo grande los

marcos de la puerta, no obstante lo cual la heladera quedó tan trabada como antes. Solo que aceitosa, igual que los marcos y que él mismo que, en lugar de matarla, se puso a reír. Mamita, cómo se reía y cómo, bajo esa risa protectora, ella también empezó a reírse hasta que los dos, doblados y aceitosos y debilitados por las carcajadas, con los ojos llenos de lágrimas, sintieron o ella sintió —porque qué diablos sabía, cuándo se preocupó en serio por saber lo que de verdad sentía él: ella sintió— que esa risa la amparaba como un aura, ah la imbécil pretenciosa. ¡Basta!

—No, no, más a la izquierda —rápida recuperación del director técnico. Remembranzas out. *No va a pasar* (voz atenuada de Albertina). ¡Vas a pasar, hijo de puta! (voz interior de la mandamás).

—Va a pasar —ella, pero con sobriedad.

Y ahí nomás, como quien comanda un barco o lleva a cabo una empresa desmesurada, empieza no solo a indicar sino a realizar ella misma (manos a la obra, muchacha, la vida es inagotable) giros, vueltas, cambios de ruta, avanzá, avanzá, tenés que pasar porque yo digo que vas a pasar. El armatoste que se traba.

—¡Vas a pasar, hijo de puta!

Lo dijo al fin. Se ríe. Y entonces, como mezclándose con su propia risa, ¿una tenue carcajada de Marcos? ¿Ocurrió? ¿Está ocurriendo? Miralo vos al gallito, tan serio y apocado que parecía. Qué te dije (voz de Marcos, apenas audible). Touché (voz de Albertina, ídem). ¿Lo dijeron? Greta quiere reaccionar, ponerse altiva, qué quisiste decir con eso de “qué te dije”. Qué te dijo. Pero tiene miedo. ¿De qué? ¿De que ese diálogo no haya ocurrido o de que haya una respuesta que no quiere escuchar?

—¡Más a la izquierda! —dice.

A la luz de esa indicación, Marcos sostiene, Albertina desplaza, Marcos ladea, Albertina empuja, y por fin el armatoste pasa medio cuerpo.

Descanso de la compañía.

—Sos fuerte, Albertina —dice Greta para instalar (¿en sí misma?) la normalidad.

—Y claro. Hago box.

—Box —soñadora—, eso sí que me falta. En mis tiempos de adolescente ni a una loca como yo se le habría ocurrido que una chica podía boxear —pausa para saborearse a sí misma—. Pero al fútbol sí que jugué.

Y ahí nomás, contra su decisión de no dar confianza, mientras también ella —ahora sí con todo— maniobra con el armatoste, se encuentra contándoles el partido memorable que después de un asado, todos borrachos, jugaron narradores versus actores, y ella hasta metió un gol. Se ríe.

—Jugué con ventaja. Era la única chica y los varones del otro equipo no se animaban a marcarme muy de cerca así que me abrí paso y.

—¡Gooool! —grita Albertina.

Marcos levanta el índice.

—Va a cuenta de lo que me va a contar —dice—. ¿Así que yo no le parezco fuerte?

Greta lo observa manipular el armatoste. No es hábil; solo lo mueve el amor propio. Y las ganas de conseguir la entrevista.

—Sos varón —se ríe sin alegría—. Se supone que en los varones la fuerza no es mérito, es obligación —la expresión de Marcos la alarma; tiene que hacer un esfuerzo para contener el gesto de acariciarle el pelo. Mandatos, ah; él tiene el mandato de ser fuerte, ¿y yo?—. Qué le vamos a hacer, Marcos —dice—, la vida es difícil para todos. No solo para todas.

La conmueve el esfuerzo que el chico está haciendo. ¿Y la flaquita de mechón verde? Como si los dos trataran de sobreponerse a algo. Se encoge de hombros, ¿quién no? Ve cómo la última porción del armatoste atraviesa

la puerta del estudio, cómo es enderezado y cuidadosamente depositado en el hall.

—¿Y ahora a dónde lo llevamos? —dice Marcos.

Desconcierto. Greta no había pensado en eso. En realidad, no había pensado en nada fuera de que la mesa tenía que estar de nuevo en su lugar para que la gata volviera a ser la que era.

—No importa, déjenla en el hall nomás, ya vamos a ver. ¿Pero me podrían traer la otra mesa? Juro que es más amable de transportar.

Los guía al patiecito de atrás. El balcón de Julieta, les explica, señalando la balaustrada curva con formato de otros siglos. Ahí se la ve contra la pared lateral, indignamente plegada. Mi mesa.

—Te debe resultar difícil, ¿no? —dice Albertina.

—Qué cosa.

—Desprenderte del escritorio de las persianitas —señala la mesa larga, de listones—. La verdad que esta no tiene nada que ver.

—Pero es *mi* mesa —dice Greta—. La otra correspondía al deseo de otra persona —ve que Marcos anota algo, my god, voy a tener que cuidarme de lo que digo—. Y eso los gatos lo saben. Prascovia lo sabe. Por eso no quiere subirse.

Buena explicación, retaceada pero no mentirosa. Y parece haberles dado ánimo a los visitantes. Alzan la mesa, que en efecto es dócil de transportar, y la despliegan en el lugar donde había estado el armatoste. Albertina vuelve al hall y acaricia la superficie de roble. Greta piensa que eso que para ella pasó a la categoría de armatoste, para Albertina debe ser el escritorio soñado. Así son las cosas.

—¿Y ahora? —dice Marcos.

—Ahora qué —cierta brusquedad en el tono; no le importa—. Un poco de paciencia, por favor. Ya vamos a empezar.

—No, la gata. ¿Por qué no sale?

Brusquedad aplacada. Greta echa sobre el sofá una mirada que es como un ruego, pero no cree que eso haga salir a Prascovia.

—Supongo que porque le falta la escenografía: máquina, papeles, esas cosas.

La voz entusiasmada de Albertina desde el hall:

—¡Los llevamos!

Greta corre al hall en el momento en que Albertina está abriendo una persianita.

—¡No están ahí!

Greta sabe que su exclamación salió desproporcionada. Y tardía. En la mano de Albertina, como un trofeo, se agita uno de los cuadernos *La materia en el arte*.

—Dejá eso —señala la superficie vacía del escritorio—, ¿no ves que mis cosas no están guardadas ahí?

—Y esto qué es —insistente, maleducada, Albertina blande el cuaderno.

—Eso está ahí por error.

Error, sí, eso ha sido: error de borracha. Pero no borracha de alcohol; aprendió hace mucho que para arrebatos de exaltación no le hacen falta suplementos. Tal vez nunca le hicieron falta solo que hubo un tiempo en el que ella necesitó agotar todas las instancias que le ofrecía ese mundo en explosión en el que se estaba dando forma a sí misma: anfetaminas, tabaco, sexo a discreción. Y whisky, claro; hay que demostrar, ¿hay que demostrarse?, que una puede beber sin parar.

¿Como beben los hombres?

Como beben los que se animan a vivirlo todo.

Pero esa vez, la tarde en que volvió de Patagones —ahora empieza a tenerlo claro—, no le había hecho falta tomar nada. Entró en el departamento con Marita Volkonski cargando el escritorio. Va ahí, le dijo señalando el lugar donde estaba la mesa abarrotada con sus objetos amados. A los apurones desenchufó, amontonó y fue depositando en el suelo todo lo que un día, con grandilocuencia, había llamado *los pedazos de mi alma*. Marita trasladó la mesa, irrespetuosamente plegada, al balconcito de Julieta, ubicó en su lugar el escritorio, tomaron café, charlaron, y al fin Marita dijo que tenía que seguir trabajando y ella la acompañó hasta la puerta de abajo.

¡Fue entonces, ahora lo tenía! Cuando volvió y se lo topó en el estudio, poderoso como el más poderoso de los sueños. Fue en ese momento que empezó a suceder la borrachera. Y no difería demasiado de otras que, en tiempos lejanos, la habían hecho correr bajo los árboles o aullar en plena calle. ¡Allá voy, hermanos muertos!, imprevistamente gritó. Y sin detenerse

a pensar en lo desolado de su grito, desentendida del equipaje y de su casa, como si temiera que el impulso se le esfumara, de un tirón acomodó sobre el escritorio todo lo que había amontonado en el suelo, enchufó la máquina y la encendió. Buscó en el Winword la carpeta Vera y el optimismo³. Pero no abrió el archivo Vera3-ideas, ni el Vera3-apuntes, ni el Vera3-proyecto-1 ni el dos ni el tres, ni ningún otro de los Vera3-proyecto-x ni de los Vera3-trama-x ni de los Vera3-comienzo-x ni de los Vera3-conbruja-x ni de los Vera3-sindiablo-x, ni ninguno de los infinitos Verax que, desde hacía años, venía llenando con páginas que a veces eran como deslumbramientos y que algún día, cuando por fin consiguiera darle forma a ese caos ardiente, iba a ser su novela final, la que había decidido escribir apenas terminó *La memoria de Uma Harán*, esa que, nomás sucedió lo que sucedió, se hizo el juramento de perseguir hasta que alcanzara la medida de sus sueños. La novela que por fin cerraría el ciclo. Ahora mismo era el momento de empezar a darle forma a esa lava candente que un día iba a completar lo que en la adolescencia se había propuesto como su destino. Creó el archivo Vera3-nuevo y, sobre la página en blanco, en negrita y con subrayado, escribió: **Capítulo uno.**

¿Fue la exaltación o el desconcierto lo que la llevó a levantar la cabeza para mirar por encima del monitor? Como si esperara encontrar, flotando en el aire, la frase desde la cual, como un desprendimiento, saliera de un saque la historia que ella se seguía prometiendo. Aunque tal vez, por la dirección de la mirada, lo que anhelaba encontrar era de índole más terrenal: la musa acomodada en su estante. Prascovia. La gata solía esperarla por las mañanas recostada en el estante que estaba contra la pared, justo encima del monitor, en el hueco que dejaban varios libros amados, justo a la altura en que ella podía verla con solo elevar un poco la cabeza, y se quedaba ahí mientras Greta escribía. De tal modo que ella solo tenía que sacar la vista de la

pantalla para encontrarla. Pero en este caso la esperanza era errónea. Ciertamente que Prascovia solía acompañarla siempre que ella se sentaba ante la máquina pero el ritual del estante solo ocurría de mañana las veces en que ella se sentaba a su mesa muy temprano, con el mate recién hecho y la intención de escribir. Ahí sí la musa la esperaba en su sitio y ella pensaba: el día empieza bien. A esta hora de la tarde, naturalmente, el estante estaba vacío.

Ahí se dio cuenta de que, desde su llegada, no había visto a Prascovia. No se alarmó. Conocía a sus gatos. Todos habían sido bastante rencorosos respecto de las ausencias prolongadas de ella. No le perdonaban así nomás que los hubiese dejado. Durante un rato tenía que rogarles, seducirlos, hasta que por fin deponían el rencor y se le entregaban. En ese aspecto, Prascovia era la más vengativa. Durante horas no se dejaba ver. Greta solía arrastrarse debajo de la cama y de los sillones hasta que la encontraba y, desde su precario mirador, la llamaba sin muchas expectativas. La gata la observaba a distancia. Igual Greta se quedaba tranquila: sabía que recién cuando ella terminara de acomodar el equipaje y se dispusiera al descanso, la gata vendría. Ahí sí el romance del encuentro era apoteótico. Esta vez el ingreso a su casa con Marita y el escritorio había sido lo bastante movido como para que Greta olvidara cualquier práctica habitual. Pero ahora necesitaba la presencia de la gata. De pies a cabeza sentía que estaba transitando un momento único. Y debía admitir que, más allá de su racionalidad endiablada, era un poco supersticiosa. Amablemente supersticiosa, había dicho una vez en un reportaje: solo creía en los augurios buenos. Eso sí: se aferraba a cada uno de ellos con uñas y dientes. Y bien; la gata, instalada en el estante de la biblioteca, o bajo el atril, o en la mesita del mate, o en cualquier lugar desde donde hubiese decidido asistir al rito del tecleo y desde donde Greta podía verla y tocarla, era un buen augurio. El ángel de la

guarda de la literatura. Así que se levantó de la silla para buscarla abajo de los muebles. No tuvo que ir muy lejos. Estaba ahí nomás, debajo del sillón de su estudio, contra la pared. Con su verde mirada de perplejidad observaba la cabeza de ella que debía emerger entre la funda del sillón como una rastrera flor azteca. No te esfuerces, querida Greta, parecía decirle esa mirada; por el momento no pienso moverme de acá. Entendido. Greta volvió dócilmente a su silla. Leyó **Capítulo uno** y notó que el entusiasmo ahora era menos que un soplo. Eso no estaba bien. Cambio, fuera. Buscar nuevo indicio agorero. ¡Las persianitas! Concentrarse en las persianitas. Mí-as, ¿no es maravilloso? Boluda, se dijo. Pero igual fue levantándolas una a una. Los pequeños anaqueles irrumpieron como una promesa. ¿Qué iba a guardar ahí? Algo secreto, se le cruzó. Le dio risa; se estaba comportando como si tuviera ocho años pero ¿por qué no?, siempre se tienen ocho años en un rincón del corazón, se dijo y volvió a reírse. Le había vuelto el buen humor. Registró mentalmente sus pertenencias privadas: cartas de amor, algunos poemas que le habían dedicado, una colección epistolar de sus amigas de la adolescencia, textos primerizos e impublicables, algunas fotos. No, nada de eso era lo adecuado. Entonces lo supo en una explosión de confianza: lo que guardaría detrás de las persianitas eran sus cuadernos con el diario manuscrito.

Había empezado a llevar ese diario a los dieciocho años, de eso no tenía duda porque debió ocurrir poco después de la madrugada en que supo cuál era la historia que quería escribir; por ese entonces ya tenía bien claro que una escritora que se precie debe llevar un diario. En realidad lo sabía desde los trece, cuando leyó el *Diario de Ana Frank* e hizo un primer ensayo, entusiasmada con el ensueño de su propia muerte prematura y el desconsuelo del mundo al descubrir, cuando ya era demasiado tarde, la genialidad cercenada de la niña autora. Cierto que el entusiasmo se le apagó

y tiró todo lo escrito apenas se animó a reconocer que era una farsante, que no escribía desde el corazón como se debe escribir un diario sino pensando en una posteridad hasta el momento imposible. Fue así que más adelante, pese al embeleso que le provocó el *Diario de María Bashkirtseff*, se cuidó muy bien de imitarla. Pero a los dieciocho, apenas arrancó con la que sería su primera novela, la decisión de llevar un diario fue irrevocable. Lo fue anotando en cuadernos hasta 1992, cuando tuvo su primera computadora y los archivos de Word Perfect y más tarde de Word reemplazaron las hojas rayadas de La materia en el arte y las cuadriculadas de la última etapa. No había vuelto a mirar esas hojas desde entonces. Y era natural. Lo manuscrito tiene una carga muy especial, escribió en ese mismo momento —no debajo de **Capítulo uno** sino en un archivo que creó de urgencia—, como si contuviera algo intolerablemente privado. Mi desnudez, algo así. Se quedó pensando: no era solo eso. No es solo eso lo que me impidió durante tantos años leer los diarios manuscritos (escribió), es la conciencia de que el pasado me va a saltar encima como un tigre, ese pasado en el que me valía de los cuadernos o del primer papel que tenía a mano para anotar todo, en bares, en colectivos, en el umbral de cualquier casa, porque sentía hasta en la yema de los dedos que nada de lo que se me cruzaba debía perderse ya que algún día iba a constituir algo tan. Se detuvo, incómoda; no estaba segura de querer escribir lo que estaba escribiendo. Cerró el archivo. ¿Quiere guardar los cambios en Documento1? No guardar. A qué venía tanta especulación. Le molestara o no, todo eso que la había constituido anidaba inalterable en estos cuadernos que, cobardemente, nunca se había animado a leer. *Cobardemente*. La palabra la sacudió como una descarga eléctrica. Ella tenía muchos defectos pero cobardía no. Sin más vueltas se levantó de la silla y buscó la caja con el letrero en la tapa: “Diarios manuscritos”. Ahí estaban los cuadernos, un poco percutidos: los primeros,

La materia en el arte, la marca preferida desde su infancia. Los que siguieron, con espiral y cuadriculados. Se encogió de hombros: los gustos cambian con el tiempo. Sacó el cuaderno que estaba arriba de todos. 1966, decía en la tapa. Fue a la primera página. 10 de enero, leyó. Y debajo de la fecha, escrita con su letra espantosa, la primera frase como un estallido. “Ser la más grande”. Cerró el cuaderno con una violencia que un momento después la llevó a preguntarse qué era lo que la había espantado. ¿Acaso no guardaba, viva y detallada, la memoria de cómo había sido en esa época y en cada una de sus épocas vividas? ¿La memoria no era su don, el único, tal vez, con que la habían dotado en la cuna sus poco ortodoxas hadas? Ahora mismo, en un archivo que ya no existía, ¿no había anotado algo que tenía que ver con sus delirios de medio siglo atrás? Pero verlo en crudo, escrito con semejante impudor, sin el filtro organizador, ¿amansador?, de la memoria, era otra cosa. Esa pendeja irresponsable la estaba interpelando. Y no era lo peor esa interpelación. No pudo evitar verse, juzgada por esa frase, en la lectura de otros.

¿Con “otros” te referís a la posteridad, Greta querida?

No. Lo que me da terror es tratar de imaginarme esa frase leída con relación a una historia cuyo final desconozco. ¿Va a sonar profética o ridícula?

A pendeja irresponsable, querida. A eso va a sonar. Vos misma lo dijiste.

Resopló. Tengo que terminar de una buena vez esa novela, se dijo. Por las dudas que se muriera esa misma noche, borró **Capítulo uno**, que, como una amenaza, encabezaba el vacío. Dejó el archivo Vera3-nuevo para alguna idea futura. Echó una ojeada rápida a los diarios (algunos párrafos la retenían como un imán pero se esforzó por desentenderse de ellos lo antes posible), repartió los cuadernos en los pequeños anaqueles y cerró las persianitas. No pensó más en el asunto. Al punto que ni siquiera lo recordó

cuando, un rato antes de que Marcos llegara y para facilitar la mudanza, sacó lo que había sobre el escritorio y en los cajones, y amontonó todo en la pieza del pasillo.

Albertina sigue agitando el cuaderno.

—¿Es algo secreto? —se ríe; parece exultante—. Me encantan los secretos.

Y a mí me desencantan las pendejas meteretas. Trata de serenarse.

—No, nada secreto —dice—. Pero no me gusta que me toquen mis papeles.

Marcos mira a Albertina como si quisiera morderla.

—Perdón —dice—, estamos actuando como tarados. Pero solo queríamos ayudarla —hace un gesto casi infantil—. Y conocer a la gata.

El guacho sabe cómo seducir, piensa Greta. No dice nada y el silencio está resultando molesto. Mejor; no tiene interés en aflojar la situación.

—Claro —dice al fin Albertina—. Son como el alma.

—¿Qué? —Greta siente una especie de sobresalto.

—Los papeles —dice Albertina—. Son como el alma —y con suavidad, como si se tratara de algo muy frágil, deposita el cuaderno sobre el escritorio.

Estoy por pisar el palito, piensa Greta. Va sacando los cuadernos de los pequeños anaqueles, los apila y enfila con ellos para la pieza del pasillo. Se detiene en la mitad.

—Vengan —dice—. Si quieren me ayudan a traer a mi mesa la máquina y las otras cosas pesadas.

Pisé el palito, no puedo evitar que me gusten. Entran los tres a la pieza del pasillo. Greta apoya los cuadernos en un escritorio pequeño estilo

español.

—Mi escritorio de adolescente —extiende el brazo como quien presenta a un amigo.

—¿El que heredó de su prima Sonia?

El brazo amablemente extendido se retrae.

—¿Cómo sabés?

—Usted lo dijo en una entrevista —dice Marcos—. Que fue como si Sonia le hubiese pasado el cetro.

¿El cetro? Ella nunca pudo haber dicho semejante boludez. Sonia no era su escritorio, que carecía de significado en la vida de su prima; Sonia era su belleza, que irradiaba de su cuerpo sin esfuerzo, y ese cetro sí que nunca se lo habría podido pasar. El pelo, entre rojizo y dorado, con trenzas larguísimas, y los enormes ojos grises. Esa es la figura que mejor guarda de su prima y para la pequeña Greta encierra todo lo hermoso que una chica puede ser. Ella tiene cuatro años y sueña con alcanzar la imagen de su prima, que ya tiene doce. Primer escalón hacia lo imposible, pensará después. Su pelo es castaño y finito; de bebé, dice su madre. Pero a los cuatro años no cree en imposibilidades: el futuro que ve de sí misma son dos trenzas más largas y más dorado-rojizas que las de su prima. A los catorce años Sonia ya no usa trenzas sino el pelo al viento. Así, con esas palabras la piensa Greta a los seis años: pelo al viento. Tal vez ya ha empezado a tramar algo suyo, ¿no?, un mundo hecho de palabras. Pero a los seis años eso no es un consuelo: ella solo sabe que su pelo nunca va a ser espeso, ni rojizodorado.

—¿Estás seguro de que dije “cetro”? Y antes de que me contestes, ¿podrías dejar de tratarme de usted?

—Voy a tratar pero me cuesta. Y ya que estamos, ¿podemos volver a Sonia?

Greta ve cómo él, discretamente, pone el celular sobre la mesita y toca la pantalla.

—¿Estás por grabarme?

—Si le parece. Pasa que justo su prima Sonia era uno de los temas que me proponía tratar. ¿Usted sentía que eran parecidas, o más bien lo que quería era ser como ella?

¡Ni una cosa ni la otra!, está a punto de decirle como quien necesita alejar de sí un fantasma que desde hace tiempo la acosa. Pero la distrae un problema más inmediato: pese a la insistencia de ella, Marcos se resiste a tutearla, y eso la pone ante un conflicto: tratarlo de usted le resultaría ridículo y tutear a alguien que no la tutea hace que se sienta mal. Trata de explicárselo de algún modo.

—¿Es por una cuestión ideológica? —dice él.

Ella se impacienta un poco; este chico convierte cualquier diálogo trivial en parte de la entrevista, piensa. Y encima se saltó lo de Sonia, con las ganas que ella tiene de aclararle la cuestión. Pero más ganas tiene de terminar de una buena vez.

—Si estás tan apurado por empezar mejor dejamos la mudanza para más tarde y volvemos a mi estudio —encara hacia el estudio con los visitantes detrás—. Y te aclaro, Marcos, que lo del tuteo-notuteo no es por una cuestión ideológica —dice, un poco enojada. Se sienta. Ellos se sientan—. Aunque tal vez sí —sin proponérselo agrega.

Porque de pronto se le ocurre que es justamente en cuestiones como esa donde se puede rastrear la raíz de la ideología (¿acaso el que está enfrente no es tu semejante? Entonces, ¿por qué te tomás con él una confianza que él no se toma con vos?). Aunque a través de los años esa ideología pueda ir

encontrando su expresión formal y consolidando sus razones, el fundamento sigue siendo el mismo: a quién considerarás tu semejante. Si un hombre durmiendo en la calle o una mujer humillada por la señora-de-la-casa o un chico sin infancia te movió la sangre para siempre acá vas a estar, bien plantada de este lado de la realidad —¿la entrevista le está sacudiendo las ideas?; en este tiempo en que vive preguntándose si cuando era joven el mundo era más sencillo o ella era más ingenua ya que veía con tanta certeza el derrotero a seguir, en este tiempo en que suele sentir que la realidad se le escapó de las manos hasta tal punto que le da miedo mirarla a fondo, ¿es posible que vuelva a entusiasmarse?—. Ahora, si no sentís hasta los huesos que ese hombre y esa mujer y ese chico son tus semejantes, que tienen derecho a una vida como la que deseás para vos y que lo que les pasa te concierne, andá a cantarle a Gardel con el verso de la ideología. Vi a varios en los sesenta ensañándose con el *Martín Fierro* por su inoperancia para hacer la revolución. Y los veo ahora muy orondos, sentados en los altos sillones del poder. Será que, deprimidos por la ineficacia militante del *Martín Fierro*, nunca llegaron a enterarse de que, si algo arde adentro tuyo, basta el *Mamboretá* de Carriego o un chico vendiendo estampitas para darte cuenta de qué lado de la realidad estás. Llamalo como se te cante. ¿Quién es el prójimo para vos? En la respuesta que te das está el verdadero color de tu ideología.

Está hablando más de la cuenta. ¿Otra vez el síndrome de abstinencia? Porque, la verdad, linda mezcolanza se mandó entre ideología y buena educación. Seguro que al chico le enseñaron que no hay que tutear a las ancianitas y el problema es solo de ella por no saber acomodarse a la edad que tiene. Tomá pa' vos, ya vas a aprender de qué es capaz esta ancianita.

Nota que Marcos duda antes de hacerle una nueva pregunta pero puede apostar a que también esta vez van a ganar las máximas recibidas sobre

cómo tratar a los longevos. Máximas que, se ve a las claras, no recibió Albertina. O, si las recibió, se las sacó de encima como un abrigo pesado. En cambio ahí está el angurriente viendo por cuál socavón de la vida de ella va a arremeter ahora pero insistiendo en tratarla de usted.

—Y ya que sacó el tema de los sesenta —dice Marcos—, ¿cómo se le ocurrió una novela como *Hilda Wangel* en una época tan ideologizada?

Ah, se desvió del camino trazado, tal vez sea posible conducirlo por donde una quiera. Greta se acomoda en la silla. Esta segura de que en este asunto, que supone dichoso y sin tropiezos, va a poder soltarse sin necesidad de estar alerta. Se acomoda en la silla y empieza a hablar.

Hilda Wangel

Es fácil. Solo tiene que dejarse llevar como por una corriente amable por la pasión temprana que Ibsen despertó en ella. No duda de que por esa vía va a desembocar sin accidentes en el hallazgo de Hilda Wangel. Sabe cómo hacerlo. Contar de entrada —eso es impactante— que apenas descubrió al gran noruego se guareció en su lectura como en un refugio familiar. Error, eliminar: ni *familiar* ni *refugio*, en un territorio hostil, eso; se refugió en su lectura como quien se mete en un territorio hostil cuya familiaridad solo a ella le ha sido concedida. ¿Fue con *Casa de muñecas*? Decididamente no. Sí había sido lo primero que leyó —era lo más conocido entre las adolescentes rebeldes— pero no fue esa lectura la que la marcó. Hasta la decepcionó un poco; sintió que su propia idea de la libertad que una mujer era capaz de alcanzar iba mucho más allá de lo que se mostraba en *Casa de muñecas*. La obra que la marcó de verdad poco más adelante fue *Brand*; una frase de Brand que en plena adolescencia se le clavó como una flecha. “Si lo das todo menos la vida, has de saber que no diste nada”. Dios mío, ahora que lo piensa, con qué facilidad se adueña una de propuestas grandiosas cuando aún todo está por ser vivido. Dar la vida, por favor, ¿sabía ella lo que estaba enunciando cuando, embriagada por la sonoridad de la frase, se dijo “dar la vida”? Lo que pasa es que el tiempo que queda por delante parece infinito y entonces una no duda de que puede alcanzarlo todo, todo lo bello y todo lo heroico que. Interrupción. Rebobinando, ¿cómo vino a parar a *Brand*?, no es de eso que se ha propuesto hablar, otra vez las consecuencias del síndrome de abstinencia, tiene que cuidarse. No es *Brand*

el tema, es *Solness, el constructor*. Solness, que mira el fuego del hogar y predice, ¿o de algún modo provoca?, el incendio. Voluntad subterránea. Ahí está: ahora ella podía poner en palabras eso que le venía sucediendo desde la vez del perro. ¿Qué perro? ¿De dónde salió ese perro? ¿Es que no puede dejarse llevar lo más pancha por un discursito tan bien maquinado y familiar sin que se le aparezca un perro? Sonia les tenía terror a los perros, cada vez que se cruzaban con uno tironeaba del brazo de la pequeña Greta para que se alejaran las dos de las garras del monstruo, razón por la cual ella, apenas tuvo uso de razón, entendió que los perros eran un peligro inminente. Consecuencia: huía de ellos. Pero a los ocho años, sentada a una mesa en medio del campo sin su papá y su mamá —¿por qué estaba ahí?, ¿y con quiénes estaba?—.

Ahí te quería agarrar, escopeta: así que tu prodigiosa memoria no era tan prodigiosa.

Era, y lo sigue siendo. Pero no siempre tiene sentido revolver en el pozo; estos de la mesa apenas conforman un marco para el acontecimiento, ¿importa quiénes son? No. Importa el acontecimiento así que dejémoslos comer en paz. Ella ni los ve; se percibe sola en esa mesa, sin protección, y está concentrada en ocultar el esfuerzo que hace para cortar el asado sin parecer inexperta en el uso del cuchillo. Entonces ve a un perrazo que da vueltas alrededor de la mesa. Tom. Alguien lo nombró y el nombre se le va a clavar en la memoria como un mojón. Su primer impulso es salir corriendo pero ¿con qué argumento? Algo dentro de ella le prohíbe formular el motivo palmario: les tengo miedo a los perros. ¿Por qué no puede formularlo y ni siquiera puede decírselo a sí misma? Lo entiende de golpe como una explosión: porque no me gusta que no me gusten los perros. ¿Empieza ya entonces a construir su imagen? La persona que Greta aspira a ser ama a los perros. Imposible que lo haya enunciado así pero fue

eso lo que supo a los ocho años en aquella mesa en medio del campo. Y ahí mismo lo convirtió en un hecho: venciendo todo miedo, cortó un pedazo del asado que tenía en el plato, lo agarró con la mano y, cuando el perro pasó detrás de ella, se dio vuelta y extendió la mano. No la retiró hasta que Tom tuvo la carne bien agarrada entre los dientes. Fue su primer amigo perro. Y Greta aprendió algo sobre sí misma que no la abandonaría.

¿Para bien o para mal?

Claro que para bien. ¿Acaso podría concebir mi historia sin esa voluntad subterr. Interrupción súbita de la corriente reflexiva. ¿Motivo? Acaba de darse cuenta de que el caso Tom constituye un ejemplo inadecuado: la voluntad de ese día no tuvo nada de subterránea; era bien palpable. Entonces ¿cuándo descubrió lo de la voluntad subterránea? No fue descapotando cielos, eso seguro; lo de los cielos vino mucho después; en los años que siguieron al día del perro no le hizo falta descapotar nada porque amaba lo encapotado y lo tormentoso y el frío polar y el calor intenso y cualquier fenómeno extremo que la hiciera percibir su cuerpo todopoderoso e instalara en ella la conciencia, única y acuciante, de estar viva. Entonces, Dios querido, ¿fue la vez que ahora como un hachazo se le instaló en la cabeza? Alguien que ella amaba pero que no la dejaba vivir.

Y pensaste.

¡No!

Sabés muy bien que lo pensaste: si no existiera yo sería libre como el viento.

¡Basta! No llamemos voluntad subterránea a lo que no fue otra cosa que un puro y desgraciado azar.

Ah, bueno, así que cuando las papas queman renunciamos a nuestros vistosos poderes, los denominamos azar y chau pinela.

No renuncio a nada y tampoco acepto elucubraciones a la violeta. Lo único que me importa es saber cuándo empezó esta sensación que después de leer *Solness, el constructor* iba a llamar voluntad subterránea.

Te ofrezco un ejemplo menos incómodo: tenés cinco años, un primo tuyo al que se considera el genio de la familia dio examen de ingreso a la secundaria y sacó el puntaje más alto. La familia entera aúlla de admiración. Y la enana de cinco años piensa: No es para tanto, yo también voy a sacar ese puntaje.

Y qué. Cualquiera sueña a los cinco años: ser princesa, tener las trenzas de Rapunzel, sacar el puntaje más alto.

Cierto, pero a vos el sueño te alteró durante los siete años siguientes; cada vez peor cuanto más se acercaba tu propio examen. Porque crecía tu conciencia de que el propósito podía ser desbaratado por una mera comita de más o de menos. Quién no comete un error así de tonto: ella. Ella no puede cometerlo porque ese error hará que le saquen medio punto, lo que va a impedir el cumplimiento del mandato que se impuso a los cinco años. Ah, si pudiera volver atrás, si pudiera no habérselo prometido nunca. Pero eso no es posible; por mucha voluntad subterránea de la que se jacte no hay manera de hacer retroceder el tiempo. Felizmente hay otras soluciones: una epidemia de poliomielitis, pongamos por caso.

Por favor, no es así.

Es así porque a los once años lo pensaste así.

A los once años no sabía nada de voluntades subterráneas.

Pero lo intuías, ¿o no es eso lo que estamos tratando de indagar? Una epidemia de poliomielitis feroz que arrasó el país dos meses antes del temido examen, desbarató los hábitos de la gente, hizo que se anticipara el fin de las clases y, como no podía ser de otra manera, anuló por ese año el

examen de ingreso. O sea que pudiste cumplir con lo que te habías propuesto. O al menos pudiste no incumplirlo.

Sucedió simplemente. ¿O no hay casualidades?

Hay, pero el asunto no está ahí. El asunto está en que a los once años atribuíste esa casualidad a la fuerza de tu deseo. ¿No será un poco asesina tu voluntad ibseniana?

Repito: la voluntad ibseniana no existía en ese tiempo.

¿O simplemente no tenía nombre?

Si no tenía nombre, no existía. Y basta de interrupciones. Si no, no vamos a llegar nunca.

A dónde.

A Hilda Wangel. ¿Acaso ella no arrancó con Ibsen para llegar sin sobresaltos a la elección de Hilda Wangel? Tiene que recuperar el estado de calma que la inundó hace apenas unos minutos cuando Marcos sacó el tema; deslizarse hacia la invención de esa pequeña novela que le cambió la vida. Sin desvíos, hasta ahora su cabeza no hizo otra cosa que desviarse. Greta tiene bien claro que en la invención de cualquier historia hay tantos cruces que meterse a desmadejarlos la expondría a mostrarse desnuda. Y no es eso lo que quiere. Pero sabe cómo arreglarlo: volver al día en que leyó *Solness, el constructor* pero desentendida esta vez de la voluntad subterránea de Solness, que no viene al caso, y apuntando solo a la muchacha que lo alienta a subir: Hilda Wangel. Contar cómo la sacudió de pies a cabeza ese personaje. Pero no del modo en que había sacudido a otros amantes de Ibsen que ella conocía, hombres todos. Qué maravilla de muchacha esta Hilda Wangel, ¿verdad? Qué personaje para ser amado. Cuál hombre con ansias de grandeza no soñaría con tener junto a sí a una Hilda Wangel que lo alentara a llegar a la meta. Solness es un arquitecto excelso y, con esa feroz voluntad ibseniana que Greta ya aprendió a reconocer (ojo,

no meterse de nuevo por esos andurriales), se ha propuesto subir al punto más alto de la torre altísima y largamente soñada que ha construido y se está inaugurando. Es una tradición entre los arquitectos renombrados esa subida. Pero en este caso Solness tiene miedo. Cómo no va a tener miedo si la torre que acaba de construir es desmesuradamente alta. Se detiene a mitad de camino. Vacila. Entonces Hilda Wangel, desde allá abajo, le grita: ¡Más alto, más alto! Y él sube, claro. Cómo no va a subir con el impulso de la muchacha maravillosa que le grita desde abajo. Ella grita “¡más alto!” y él sube y sube. Pese al miedo, pese al vértigo, sube. Y, como no podía ser de otra manera, cuando llega al punto más alto se cae de cabeza. Y se mata. Entonces Greta, la joven lectora de dieciocho años devota del gran noruego, se anima a desafiar al autor sagrado y piensa: Qué fácil, querido Henrik, gritar “más alto” cuando el que busca las alturas es el otro. Mucho *Casa de muñecas*, mucho feminismo a la violeta pero acá mostraste la hilacha, querido maestro. Igual no me enojé con el querido Henrik, dice, me enojé con Hilda Wangel. Si le gustan tanto las alturas que trepe ella, caramba, ¿qué se lo impide? Ahora te parecerá natural, Albertina, pero en ese tiempo me sentía muy sola pensando cosas así. Parecía de lo más sensato que, si de alturas se trataba, el destinado a escalarlas fuera Solness, macho él, claro. Y si una muchacha era tan sensible e implacable como para entender lo sublime de llegar a la cúspide sin claudicar, lo único que podía hacer era empujarlo a él a que no claudicase, a que viviera y muriera en su ley. Empujarlo, sí, pero desde el suelo. ¿Por qué? Eso pensaba yo a los dieciocho años. Y una madrugada me desperté decidiendo: tengo que escribir un cuento con eso.

¿Así, de sopetón, Greta? ¿No hubo un empujoncito desde afuera en tu caso?

Oídos sordos. Nada la va a desviar del fragmento de su historia que más le gusta contar: lo que le pasó a partir de esa mañana. Porque hasta entonces la escritura había sido para ella algo así como un modo de expandir la energía que la desbordaba por los cuatro costados, ideas o impresiones o sentimientos que la atravesaban y que, si no las ponía en palabras sobre el papel, no la dejaban vivir. “Escribir es vivir con la pluma en la mano”, estúpidamente había escrito a los catorce años. Pero estúpido o no, a los dieciocho era algo como eso lo que seguía sintiendo. Versos hubo, claro, de amor o de soledad o de vida que estalla, y disparates, y manifiestos contra la religión y contra el poder y contra la imbecilidad del mundo, y desbordes de alegría, y pasajes de infancia, y juegos con las palabras, y un registro caótico de sus terrores. Una actividad íntima, vital, sin la cual no habría podido respirar. Pero las historias, que la venían acompañando desde que había aprendido a desentrañar esos dibujos arbitrarios que eran las letras, las historias las escribían los otros. Por eso fue raro ese impulso de escribir algo que al principio imaginó como un cuento.

¿Raro, Greta? ¿Inesperado ese asalto de la ficción una madrugada de otoño de tus dieciocho años? Parece que seguimos negando el empujoncito pero ¿no tuviste a tu manera tu propia Hilda Wangel, que te venía corroyendo desde hacía una semana? Solo que, como mina rara avis que eras, parece que te tocó el negativo de la foto. Un Hildo, digamos.

Basta, no es el tema. El envión existió, es lo que cuenta.

Y con tanta fuerza que unos minutos después, sin analizarlo demasiado, se encontró haciendo algo insólito; buscó la máquina de escribir que había sido de su padre y, sin saber muy bien por qué, anotó: “Tenía ocho años cuando la vimos por primera vez; junto a la Tapia Sagrada, como llamábamos de chicos a un carcomido fragmento de murallón de unos seis metros de alto: todo lo que quedaba de la cárcel vieja además del mástil”.

¿De dónde habían salido esa tapia y esa cárcel vieja, a quien habían visto por primera vez y quiénes eran esos que la vieron? No tuvo tiempo de indagar en esos misterios, y no le importó hasta mucho después. Siguió con la historia como si una corriente poderosa la arrastrara. Otro problema sí la perturbó: la máquina. No le resultaba fácil soltarse a máquina. Entonces, ¿por qué insistía con el tableteo?, ¿tenía tal vez la imagen cinematográfica de que los escritores escriben a máquina?, ¿qué estaba sospechando acerca de sí misma? Tampoco se lo preguntó en ese momento. Su problema inmediato era de índole más práctico: le costaba encontrar las teclas. Para no cometer errores habría tenido que detenerse a buscar cada vez la letra correcta pero el impulso la llevaba a ir al compás de su cabeza, a saborear ese ritmo sostenido que había visto justamente en los escritores de las películas. Siguió como podía, cometiendo tantos errores que el texto se le volvía ilegible. Tres días después realizaría una acción a la que solo la pudo instigar la pasión desenfadada: anotarse en las Academias Pitman. Los triunfadores del mañana, así decían los carteles con los que estaba empapelada Buenos Aires. Un hombre y una mujer mirando hacia el futuro enfrentaban aguerridos ese futuro con el arma infalible: un diploma de dactilografía de las Academias Pitman. Ella no tenía el menor interés en enfrentar el futuro con un diploma de las Academias Pitman pero necesitaba escribir sin pensar en las teclas, así que se anotó y fue. Entre un ejército de futuros triunfadores del mañana, la benjamina de Ibsen se encontró ante un teclado sin letras, con el mandato de escribir a ciegas, sin la más mínima falta, qwert poiuy. Cien veces. Se volvía loca. Al menor error hacía lo que su instinto le dictaba: retrocedía un lugar y ponía la letra correcta. ¡Pecado imperdonable! La capanga venía, le sacaba con ferocidad la página mancillada y la hacía empezar todo de nuevo. Sin discusión posible. Ella, que polemizaba mentalmente con Ibsen, nunca pudo convencer a la capanga

de que no le importaba en lo más mínimo que una letra estuviera superpuesta a otra, que ella venía porque. No había apelación: una triunfadora del mañana no podía tener en sus páginas una letra superpuesta. Aguantó quince días. Al décimo sexto mandó al diablo a la capanga y a los futuros triunfadores del mañana y no volvió más. Pero le sirvió. Aunque nunca llegaría a escribir con todos los dedos, había adquirido la soltura de usar ese teclado como un músico improvisa, sin que una leve vacilación mecánica interrumpiera la corriente de su inventora cabeza.

Exageración: su cabeza no era tan inventora como había parecido esa primera mañana en que escribió: “Tenía ocho años cuando la vimos por primera vez” y de un tirón, con innumerables errores y desde una narradora misteriosa, habló de la Tapia Sagrada y del mástil que estaba delante de la tapia y remataba en una figurita indescriptible a la que llamaban la Esfinge y a la que atribuían poderes mágicos. “Aquel que consiga trepar por las grietas, pararse en la parte superior de la Tapia Sagrada y tocar la Esfinge será Rey del Mundo”, escribió que estaba escrito en la tapia, y que siempre podía verse a algún chico que escalaba un tramo, miraba hacia arriba la interminable pared gris, y al fin saltaba al suelo. “Pero la tarde que digo pasó algo distinto”, escribió, y fue como un maelstrom que la atrajo y la impulsó hacia lo desconocido. La historia empezaba por fin. La que cuenta la escena está con otras nenas mirando trepar a los varones cuando aparece una chica desconocida, vestida con pantaloncitos cortos y comiendo uvas. El Colo, pelirrojo de ojos verdes que les gusta a todas, trepa más rápido que los otros y se les adelanta. El resto de los varones, uno tras otro, van saltando al suelo. El Colo queda solo; mira para abajo, como para saltar. Entonces, desde atrás, se escucha un grito.

—No aflojés, principito.

Es la de las uvas.

Los varones hacen burla. ¡Arriba, principito!, gritan con voz chillona. Pero el Colo no salta.

Ahí el suspenso. El pie del Colo que busca otra grieta, el aliento contenido de los espectadores. Vacilación del Colo.

—Más alto —la de las uvas.

Y el Colo vuelve a subir.

El pobrecito va a morir, dice una de las nenas. Algunos gritan. El Colo mira para abajo.

—No —dice la de las uvas—. Hasta arriba de todo.

—Callate, malvada —dice la nena dramática de recién—. El pobrecito va a morir.

—Hasta arriba —dice la de las uvas. Uno de los chicos la empuja. Ella cae al suelo pero no parece importarle. Se levanta y, con los ojos fijos en el Colo, que sigue subiendo, hace que sí con la cabeza.

Nadie se anima a hablar. El Colo se queda quieto un momento. Parece que dudara.

—Ya falta poco —dice la de las uvas.

El Colo intenta dar otro paso pero pisa mal y se tambalea. Algunas nenas gritan y la que cuenta la historia cierra los ojos. Cuando los abre él está apoyando los antebrazos en la parte superior de la tapia. Da un envión y queda arriba.

Hay una ovación. Después, un silencio tremendo. El Colo ha dado un paso hacia arriba y extiende el brazo. Creo que me voy a morir, dice la nena dramática. Él apoya la mano en la Esfinge. Es el Rey del Mundo.

—Y yo soy Hilda Wangel —se oye desde atrás—. La nueva vecinita.

No había salido tan nítido de entrada, claro, pero fue esa mañana que descubrió la ficción.

Vamos, querida, no sigamos engañándonos. Eso es lo que contaste hasta el hartazgo en las entrevistas que vinieron después de la publicación. “Esa mañana en que inexplicablemente descubrí la ficción y que me cambió la vida para siempre”. Pero es mentira, y lo sabés muy bien. O es solo una parte de la verdad.

Como el origen de toda historia inventada. Viene entrecruzado hasta el infinito de recuerdos, de miedos, de asociaciones locas, de momentos de una inexplicable felicidad. Razón por la cual no queda otra que simplificar, ¿verdad? Ya lo explicó Tristram Shandy: Narrarlo todo es imposible.

No me vengas con citas cuando las papas queman. Acá no hay cruces infinitos. Hay uno solo, que te estuvo corroyendo durante una semana. Y tiene nombre.

El Chajá, le iba a decir; poeta. Se le presentó en el café La Comedia, de Corrientes y Paraná. Greta no conocía en persona a poetas ni a escritores de ningún otro tipo. Simplemente leía: poesía, novelas, teatro, todo lo que le caía en mano. Para ella un poeta era alguien sagrado, casi incorpóreo. Cuando estaba en cuarto grado la maestra le había regalado un libro, *El niño poeta*, y ella se había bebido el título como un elixir mágico. Niño poeta, ¿puede existir algo más bello?, se esforzaba en pensar mientras avanzaba en la lectura, aun cuando el niño del libro no era tan niño y como poeta resultaba demasiado patriótico para el gusto de Greta. Se quedó con la esencia: niño poeta; suficiente para ensoñar. Después vinieron las rimas de Bécquer, y los poemas de Amado Nervo y de Alfonsina Storni y de Darío y de Juana de Ibarbourou y de García Lorca y de Miguel Hernández y de Guillén y de Tuñón y de Whitman, ah, Whitman, *yo misma me celebro y a mí misma me canto*, ¿puede existir algo que haya sido escrito de manera tan directa para ella? Se le había abierto una puerta que la estaba llevando al infinito. Hacía poco había descubierto a los poetas de El Pan Duro y había

entendido, como se entiende un fenómeno casi milagroso, que también ahora, y hablando de un mundo que era su mundo, se podía hacer poesía. ¿Se le cruzó algo parecido a “No estoy sola”? Categóricamente no. En ese tiempo ella no soñaba siquiera con ser parte de ese mundo que sentía luminoso. Poetas eran los otros, escritores eran los otros, los que eran capaces de conducirla a un territorio más vasto y tentador que el que ella habitaba. Se refugiaba en lo que esos constructores remotos habían compuesto para ella; luego: no podía ser ellos. Simplemente, por un impulso elemental e ineludible, escribía. Contra el mundo, contra la tristeza, contra el aburrimiento, contra la injusticia, contra las peligrosas aventuras de su cabeza, para no morir de soledad, para no volverse loca, para no reventar de risa ante la ridiculez que, como un radar, percibía en individuos irreprochables. Escribía. En eso estaba una tarde, en una mesa junto a la ventana del café La Comedia, a donde solía ir huyendo de su madre que, aun cuando ya no se valía de la palabra “huraña” para definirla, seguía considerando una ofensa personal que su hija, educada con tanto esmero y tan promisorio como parecía (¿parecía promisorio?, ¿había empezado a despuntar algo de la niña muda que había sido? Ya discutía con sus profesores, eso es cierto, y hacía canciones, y escribía monólogos que luego graciosamente actuaba, y era capaz, para regocijo de sus compañeras, de deslumbrar al profesor de filosofía con una exposición que armaba ahí mismo con conocimientos venidos de un ámbito no escolar, pero ¿esas pequeñas extravagancias aportarían algo a las expectativas de su madre?), su niña no tan tonta, en suma, no se comportara como una chica normal. Entonces, para conformarla, ella fraguaba una actividad normal, compartida con una inventada niña normal y se iba solita su alma hasta el café La Comedia. Ahí se sentaba junto a la ventana con su cuaderno. Fue en uno de

esos atardeceres que sintió una presencia extraña: levantó los ojos y vio a un hombre parado junto a su mesa, mirándola.

Que venía observándola desde hacía días, dijo; que tenía curiosidad por saber qué escribía con tantas ganas una chica tan jovencita —¿mirada un poco obscena?; quedarse en el molde—. Que a él le interesaban mucho estos empeños de la juventud —¿cuántos años tenía el tipo?, parecía medio viejo— por una novela que estaba escribiendo. Porque ahora estaba escribiendo una novela aunque en realidad, hasta el momento, era conocido solo como poeta, ¿ella lo había reconocido? —¿cómo diablos iba a reconocerlo? No había visto a ningún poeta ni en foto. Y la foto era lo que menos le importaba de los escritores. De carne y hueso sí, en los últimos tiempos se moría por conocer alguno. Para algo como eso venía a La Comedia; le habían contado que ahí no solo iban actores famosos, también escritores, quién te dice—. No, no lo reconocí, admite con sobriedad. El ahí le zampa un libro. ¡Un libro! El tipo que tiene enfrente escribió un libro. Ella se impresiona pero trata de disimularlo; de refilón mira el nombre. Él sin duda lo advierte: “Pero me llaman Chajá”, le chanta ahí mismo. ¿Le chanta? Siente que por algo, al rememorar la escena, se le cruzó esa palabra. Por segunda vez. Chanta, no Chajá deberían llamarlo, le va a decir a Hertha Bechofen dos años después de este encuentro en La Comedia, cuando le cuente, muerta de risa, su aventura adolescente. En este primer rato de tenerlo enfrente (ahora está sentado) no encuentra ningún motivo para que se le cruce esa palabra. Se le está abriendo la puerta hacia un mundo desconocido que ambiciona. Y desde hace tiempo no les hace asco a las puertas abiertas, ni siquiera a las rendijitas. Si puede entrar a un mundo que la tienta se mete de cabeza, después verá cómo salir. Con el Chajá no se engaña, desde el primer roce aparentemente casual (un dedo de él recorriendo el dorso de su mano) sabe que lo que él quiere es acostarse con

ella. Ella lo observa tender las redes; reconoce que lo viene haciendo con bastante soltura; la primera falla se produce en la parte en que el galán le lee sus poemas; voz algo empalagosa, miradas furtivas a la víctima (para ver si yo me caía desmayada por la emoción, le va a contar a Hertha). La víctima no cae desmayada; ya leyó la poesía suficiente como para saber que el galán no está a la altura de César Vallejo ni de Whitman. Tampoco es Bécquer, lo que tendría su encanto. Igual pone cara de alumna atenta. Lo que el galán no sospecha es que, a partir del tercer poema, ella tiene tomada la decisión de acostarse con él. Y no porque la atraiga gran cosa; es bastante viejo pero sobre todo se ve a las claras —segunda falla— que es menos inteligente que ella. Lo que pasa es que hace un tiempo decidió que no quiere ser virgen. Ser virgen es ser vulnerable, ha pensado. Es estar a merced del primero que consiga llevarse el premio. Ella no quiere estar a merced de nadie. Prefiere decidir ella quién va a ser el desflorador. Un poeta, aunque no sea de los mejores, no está mal. Al menos debe tener cierta imaginación. Seguro que el tipo en su cabeza ya está armando la bonita fábula del poeta y la niña. Aceptable. La niña hace todo lo que corresponde para que la fábula no se arruine. Emociones tiene, pero seguro que no las que supone el galán. Entrar en un hotel alojamiento, eso la vuelve loca. Y un rato después verse en el espejo del techo. Desnuda. Se gusta desnuda, observando la escena desde el techo. Estoy en la cama con un hombre, dice la imagen. Eso es lo que más le gusta. Pero también le gusta saberse mirada. Y no le desagradan ciertas caricias. La acción en sí de ser desflorada le resulta más que nada incómoda, pero no lo demuestra. Todo está sucediendo —ella considera— para regodeo del galán. Y no se verifica ninguna aspereza digna de mención hasta el momento en que la desflorada se despierta —porque increíblemente se durmió, o sea que algo salió bastante bien más allá de la incomodidad—. Porque apenas abre los ojos ¿qué ve?: al galán en pelotas sentado en el

borde de la cama leyendo su cuaderno. Esa fue la verdadera violación, va a estar en condiciones de decirle dos años después a Hertha. Ahora, la furia que siente es inexpresable. Querría gritarle algo al tipo pero no sabe qué. Solo lo observa desde la cama. Por fin él se da vuelta, verifica que está despierta y, con la superioridad que le confiere ¿qué?, ¿ser hombre?, ¿ser viejo?, ¿haberla desvirgado?, ¿poseer en letras de molde sus propios escritos?, agitando el cuaderno y con la boca un poco torcida le zampa: “Sí, está bien, pero acá no hay historia: en las historias la gente fuma, usa corbata, estornuda”. Ella explota por dentro: nunca le pidió una opinión al tipo ese y tampoco pretendió escribir una historia. No le sale decírselo pero la indignación la arrasa. Lo que de verdad desea es darle una formidable patada en los huevos. Pero la fuerza física no es ni va a ser su arma. Le queda un solo recurso entonces; todavía no lo ve con claridad pero ya lo presiente: va a demostrarle al violador —¿va a demostrarse a sí misma?— que, si se lo propone, es bien capaz de escribir una historia. Sin necesidad de estornudos ni de corbatas pero tan contundente que al Chajá le va a caer como una buena patada en los huevos.

O sea que por fin llegamos a la madre del borrego. No fue por un impulso milagroso que esa madrugada te encontraste con la ficción.

¡Qué borrego ni que madre! Conozco muy bien el corazón de mis impulsos. Solo que no viene al caso.

Viene, querida. Tal vez a esta altura del partido no estaría mal que te preguntaras si ese corazón tuyo siempre te lleva por la buena senda.

Oídos sordos. Lo que descubrió bien pronto (y es de eso que quiere hablar) fue que contar una historia no era soplar y hacer botellas. Había palabras de más y palabras de menos por donde mirara pero eso no era lo peor; lo peor era que se le cruzaban personajes que no tenían nada que ver y que parecían pedirle a los gritos ser contados pero que no iban a ninguna

parte. ¿O tal vez era ella la que no les permitía ir al lugar al que querían dirigirse? Ojo al piojo, no caer en la trampa de la enana jodida. Si desechaba ciertas tramas que como un aluvión atravesaban su insubordinada cabeza era porque una noche, en un hotel alojamiento, se había prometido escribir algo que resultaría más fulminante —más doloroso para el orgullo del macho herido— que una patada en los huevos. Así que, por el momento, debía desechar toda imaginería que no la condujera a esa patada.

O sea que la precoz lectora de Ibsen se había propuesto llegar a la torre más alta.

Y qué. Cada uno —y cada una, querido Henrik— se busca la Hilda Wangel que tiene a mano para que lo impulse a subir.

A ella le había tocado un Hildo y con los años, y solo en la intimidad, lo erigiría en el disparador de su destino literario (pobre Chajá, si alguna vez llegó a sospecharlo). Pero para eso todavía falta.

Ahora lo único que sabe es que ahí, en esa Hilda Wangel que come uvas y grita ¡más alto!, está la historia que quiere escribir. ¿Si tiene que ver Ibsen con esa ocurrencia?, ¿si tiene que ver el Chajá? Quién puede decretar por cuál suma de incidentes se abre paso un destino, qué cruce de acontecimientos, vivencias, frustraciones y pesadillas debe darse para que aparezca una necesidad que permanecía oculta y que incita a hacer lo que esa madrugada de sus dieciocho años hizo Greta. Levantarse de la cama y empezar a escribir una ficción.

Después de ese primer madrugón en que de un saque inventa la tapia, el rey del mundo y la irrupción en el pueblo de la nueva vecinita, las cosas ya no son tan fáciles. ¿Quién es esa que cuenta la historia y por qué la cuenta? Y del chico que sube ¿qué sabe? Es una especie de ente, salido vaya a saberse de qué tiniebla de su propia infancia, pero ¿qué puede decir de él?

¿Y por qué el Colo? ¿De dónde salen los nombres? Difusamente empieza a saber que con su idea fija de “llegar a lo más alto” Hilda va a ir hundiéndoles la vida a varios de los que la rodean pero, a quiénes y de qué manera les va a arruinar la vida, cuál va a ser el suceso crucial que desencadenará el drama, cuál drama, y, lo más acuciante, cómo va a terminar la propia Hilda Wangel. ¿Triunfante?, ¿ferozmente castigada?, ¿con destino abierto? Aprende a los bandazos que nada está definido de antemano; la historia es suya, y suyas van a ser todas las decisiones. Mamita querida, en qué baile se metió. Pero le gusta este baile; por primera vez siente que eso caótico que se le agolpaba e inútilmente la sacudía desde que tuvo uso de razón empieza a tener un sentido.

Se levanta a la madrugada porque las posibilidades se le amontonan y no la dejan dormir. Hace mucho que abandonó la Pitman y con dos dedos escribe a la velocidad que le dicta su cabeza. Da clases para subsistir y mientras le explica el teorema de Pitágoras a un adolescente odiador de las matemáticas se le ocurre algo que un rato más tarde, en el colectivo que la lleva a su casa, apunta en un cuaderno. Escribe mientras camina por la calle, cuando toma mate con su madre, en los encuentros con sus amigas. Convive con Hilda Wangel y con cada uno de los que la rodean; vislumbra cómo son algunos de los habitantes de ese pueblo, que ahora le resulta menos ignoto. Va aprendiendo qué es eso de ver el mundo y contarlo desde una mujer que no es ella. Descubre el trabajo de construir una ficción.

Y un buen día, casi dos años después de la madrugada inaugural, llega al final. Es un bodoque, ella lo sabe, pero ahí está, entero, lo que quería hacer. O al revés: ahí está, entero, lo que ella quería hacer pero es un bodoque. Lo lee y no hay caso: no sabe ni por dónde empezar a cambiarlo. Ahí otra vez interviene el bar La Comedia. Ella está en una mesa, al lado de la ventana,

pero ya no esperando la llegada del Escritor sino leyendo su propio original. Debe tener cara de desesperación porque en eso escucha:

—¿Qué te está pasando, Gretel?

Se sobresalta. Siglos que no es llamada Gretel.

Levanta los ojos y él la está mirando, muerto de risa. Hansel. Hansel y Gretel, así se llamaban a sí mismos: los dos raritos del jardín de infantes. Ahora es muy alto y flaco. Una versión juvenil de Kierkegaard.

Garita, se acuerda. El apellido era mucho más largo y más vasco pero desde chico lo llamaban Garita. Cree que el nombre nunca lo supo. Ella siempre lo llamó Hansel. Se entendían. Y ahora, sentados los dos en una mesa de La Comedia, también se entienden. Él le cuenta que es gay. Y ella le cuenta, como nunca pudo contárselo a nadie, lo que está escribiendo y el terror que tiene ahora que lo ve escrito y lo siente tan lejos de lo que quiso hacer.

—Conozco a la persona que te puede ayudar —dice él.

Es así como, a los veinte años, Greta conoce a Hertha Bechofen. Es austríaca, de Viena, llegó a Buenos Aires en el 38 huyendo del nazismo, y Garita es una especie de protegido suyo.

Fuera de la locura de escribir (dice Greta) todo lo que sé sobre la construcción de un texto lo aprendí con Hertha. Ya hablaba castellano casi a la perfección pero la cosa no iba por ese lado. La forma, los secretos de la forma, eso fue lo que me reveló. Hablaba poco, pero sabía lo que decía. Y yo absorbí sus palabras como una esponja. Fue mi amiga, o yo siempre la sentí así. Tal vez lo que en seguida le gustó de mí fue que yo amara a Ibsen y a Thomas Mann. No sé. Lo cierto es que pude trabajar *Hilda Wangel* hasta que, por fin, fue lo que yo quería que fuera.

Resultó una pequeña revolución esa breve novela cuando salió, les dice a los visitantes. Supongo que tuvo bastante que ver la edad. Veintidós años,

imagínense. Pero a mí me enfurecía que ponderaran mi edad. Y también que les pareciera algo notable que yo fuera mujer. No. O el mérito estaba en lo que había escrito o que le fueran a cantar a Gardel. En todo lo demás los halagos me gustaron, para qué nos vamos a engañar. Ahora pertenecía al pequeño mundo literario. Existía para ese mundo y trabajaba de figurita difícil. Eso tiene su encanto. Además estaba la época, claro. Los dorados sesenta, cuando a los jóvenes nos resultaba más fácil.

¿Qué? ¿Qué cosa les resultaba más fácil a tus jóvenes? ¿Escribir? ¿Algo como eso era lo que estabas por decirles? Mirala vos a la omnisciente; así que ahora se siente capaz de dar cuenta de todos los jóvenes de su generación. Ojito, parece que otra vez te falla la lógica; ¿no estarás tomando el todo por la partecita? No era a tus jóvenes, abuelita de los cuentos; era a vos. Cuando a vos te resultaba más fácil escribir, decilo de una vez con todas las letras.

Callate, no es esa la cuestión ahora.

Es la única cuestión. Ahora.